



En qué quedamos: hay  
ó no hay Dios?

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

---

*Es propiedad.*

---

## OBRAS Y OPÚSCULOS

por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.

---

**¡ Al sermón !**.—13 cénts.

**Apostolado seglar (El)**, ó Manual del Propagandista católico en nuestros días.—1'50 ptas. en rústica, y 2'50 en tela.

**Aquellos polvos...** (De), ó sea, historia de la destrucción de los conventos en el desamortización.—Socialismo español.—8 cénts.

**A una señora... y á muchas.**—8 cénts.

**Bien ¿y qué?** Reflexiones cristianas para el aliento de los débiles y confusión de los malvados en épocas de persecución.—15 cénts.

**Café y billar.**—10 cénts.

**Caracteres de la lucha actual.**—10 cénts.

**Casa y casino.**—10 cénts.

**Clero (El) y el pueblo.**—20 cénts.

**Cosas del día** ó respuestas católico-católicas á algunos escrúpulos católico-liberales.—18 cénts.

R. 35 31 061

172  
67.594  
¿EN QUÉ QUEDAMOS: HAY Ó NO HAY DIOS?

ERANSE aquellos días en que adquiría un famoso ateo catalán su trisísima celebridad. Su grito de *Guerra á Dios* había resonado de un ángulo á otro de la Península, y el desventurado que lo hiciera como su programa electoral había logrado con esto colocarse realmente á la cabeza de todos los revolucionarios y agitadores españoles. El público que, ávido de novedades, acudía cada noche para oírle al club, quedaba como fascinado cuando, encarándose el infeliz con el cielo y sacando de su bolsillo el reloj, clamaba como un energúmeno: «¡No

existes ! Y si existes te doy cinco minutos de plazo para que me aplastes ! » Y dejaba transcurrir los cinco minutos, y volvíase el blasfemo á sus oyentes, diciéndoles frescamente : « Pues señores, ya lo veis ; no me ha aplastado ; luego no existe ese Dios. » ¡ Como si Dios debiese creerse obligado á responder á los desafíos ridículos del vil gusano, criatura suya ! ¡ O como si el que es dueño de la eternidad necesitase sus plazos de cinco minutos para hacerle sentir el peso de su justicia ! Lo cierto es, empero, que el golpe de efecto del orador producía el suyo entre los oyentes, y muchos que habían oído sin conmoverse los vanos razonamientos de su perorata, sentían como vacilar sus viejas creencias ante el espantoso rasgo de audacia de aquel desventurado.

Desamigos míos, jóvenes ambos y

ambos trabajadores, salían como tantos otros, una noche del rabioso club á donde les había llevado; más que la perversidad del corazón, la maldita curiosidad de oírlo todo y de saberlo todo, que desde Eva hasta acá ha perdido á tantos incautos. Salían ambos, como digo, y ya en la Rambla, templadas algo con el frescor de la noche sus cabezas calenturientas, le decia el uno al otro entre agitado y temeroso:

—Con que al fin ¿en qué quedamos: hay ó no hay Dios?

—Tú dirás, Antón; que yo por mi parte me siento más inclinado que nunca á creer en El y adorarle.

—¡Hombre! ¿me gusta la salida! ¿De veras ó de broma?

—De veras, Antón, muy de veras; ó sino escúchame unos momentos, y verás si tengo ó no algo de razón.

—A ver.

—Dos horas largas nos ha estado predicando ese famoso ateo para convencernos de que no hay Dios; ¿qué ha venido á decir en suma para probarlo? Nada; que no le hay, que no le hay; que es invención todo de Curas y frailes, que sí señor, que él lo dice, y punto redondo. Y mientras así se despachaba á su gusto y palmoteabais vosotros entusiasmados á cada final de período, decíame yo para mis adentros:

«Este hombre, y á lo más una docena como él, me dicen que no hay Dios. Todos los hombres de todos los siglos y de todos los países han convenido al revés en decir que hay Dios y en reconocerle, temerle y adorarle. ¿Qué debe, pues, pesar más, aun en mi flaco caletre de obrero sin instrucción: el testimonio de estos diez ó doce hombres que declaman como bo-

rrachos de rabia contra lo mismo que dicen que no existe, ó el testimonio tranquilo, sereno, sosegado, de todos los hombres de sesenta siglos que á una me aseguran que sí? Luego debo creer que hay Dios.»

—Es verdad: así resolveríamos en cualquier otro asunto.

—Hay más aún. El ateo que está hablando y los demás que hablan como él, negando la existencia de Dios, naturalmente favorecen la vida ancha, procuran descargarse de un peso molesto, balagan los instintos del apetito desenfrenado, son como el ladrón que grita: ¡Abajo la justicia! porque sabe que la justicia es la que le da cuidado. Todos los demás hombres que creen en Dios, al revés, creyendo en El se imponen el deber de obedecerle, de mortificar sus pasiones, de refrenar sus deseos, de privarse de muchas co-

sas que naturalmente gustan y halagan. Ahora, pues, entre unos pocos que dicen: ¡No hay Dios! porque eso los libra de trabas y ataduras, y un sin fin que dicen: ¡Hay Dios! á pesar de que el creerlo les impone serios deberes, les ata corto, les priva de lo más apetitoso de la vida, ¿á quiénes debemos seguir? Entre el ladrón que dice: ¡No debe haber justicia! y el hombre honrado que dice: ¡Debe haberla! ¿á quién tendrías tú por sospechoso de hablar por pura pasión y por miras interesadas?

—Es claro que al ladrón.

—Pues aplica el cuento, y dime qué caso hemos de hacer de los que dicen que no hay Dios, simplemente porque á ellos les convendría mucho que no le hubiese.

—Claro, claro.

—Además. Esas cosas de Dios, de-



cía aquel ateo, las han inventado los Curas para su provecho y para tener sujeto el mundo á sus miras bastardas. Y pensé yo al punto: Si los Curas inventaron eso de Dios, señal de que antes de inventarse eso de Dios había ya Curas en el mundo. Y pregunto yo: ¿De quién eran Curas aquellos Curas antes que inventasen é hiciesen creer al pueblo ese Dios que diz que ellos han inventado? He aquí un raciocinio muy sencillo, pero que no tiene salida. ¿A qué venían esos Curas si no había Dios de quien lo fuesen, antes que á ellos les ocurriese el inventarlo? Es lo mismo que si dijese un cualquiera: Los hijos inventaron eso de que debemos creer en un padre. Le preguntaríamos al punto: Y el primer hijo que inventó eso ¿de quién era hijo sino de un padre? Repito, pues: el primer Cura ó congreso de Curas que inventó

á Dios. ¿de quién era Cura si antes no era conocido Dios?

—Verdaderamente el ateo hubo de tocar aquí el violón.

—Hay más aún. Los que dicen que no hay Dios se limitan á afirmarlo bajo su honrada palabra, sin dar prueba alguna de su doctrina. Los que dicen que hay Dios, al revés, dan de ello muchísimas pruebas, ó mejor, de todo lo que ven se apresuran á sacar prueba.

—¡Hombre! ¡hombre! aquí me gustaría te explicases con alguna extensión. Yo nunca oí esas pruebas, y temo que todo se reduzca al fin á aspavientos de fraile que nos amenaza con el infierno si no creemos, lo mismito que el ateo nos aterra con la reacción y las cadenas si no dejamos de creer.

—¿Pruebas? ¡Valgame Dios! Los que creen en El saben sacarlas, como

te he dicho, de todas partes. Estamos frente al teatro, ¿no es verdad? y se da ahora allí la función de grande espectáculo que rezan los carteles. Yo creo que más que eso se predica allí la existencia de Dios.

—Al diablo con la ocurrencia.

—Será lo que quieras, pero escucha y riete después. Se da aquí gran función. Una decoración magnífica que tiene admirados á los espectadores. Soberbios palacios, majestuosas arboledas, la luna derramando sobre ellas al través de apiñadas nubes su melancólica claridad, el río reflejándola allá lejos bajo los arcos del fantástico puente; la ilusión es completa, la impresión sublime: es la naturaleza reproducida sobre las tablas por el genio del pintor y la destreza del tramoyista. El público, loco de entusiasmo, palmorea y pide á gritos que salga el

pintor. Supón ahora que en vez de salir el pintor á recibir el premio de su habilidad, sale un bobo al escenario, y dice que no hay tal pintor; que aquello que tanto entusiasmo al público inteligente se hizo por sí solo en los almacenes del teatro; que no medió en ello ni mano habilísima que manejase el pincel, ni imaginación artística que calculase los efectos de la perspectiva, ni siquiera quien clavase las telas en el bastidor, ni siquiera ganapán que tirase de las cuerdas para producir el cambio de decoraciones. Que en suma no hay allí mérito de nadie, que la cosa se hace y sale y se mueve *porque sí*, y paz con todos. ¿Qué le respondería el público á ese bruto animal?

—O lo tomaría á broma y seguiría gritando: ¡Que salga el pintor! ó lo recibiría como burla, y sacaría á naranjazos de la escena al insolente.

—Pues es claro. Pero repara ahora la inconsecuencia de esos benditos ateos. El mundo ofrece indudablemente mejores cambios de decoración que el primer teatro de Europa; la noche y el día, la aurora y la tarde, los valles y las montañas, la tempestad y el azul de los cielos, el rico otoño y la florida primavera, son cuadros soberbios que el artista se tiene por inspirado cuando siquiera de lejos consigue imitar. Y dice el buen sentido del género humano: Grande, sabio, poderoso debe de ser el Autor de todo eso; y para darle un nombre le llama Dios, y admirado y agradecido levanta el grito, y dice: ¡Gloria á Dios! Y he aquí que sale el ateo y dice: ¡No hay tal Dios! Es decir: hay pinceladas magníficas, pero no hay mano de supremo artista que haya manejado el pincel: hay sol y luna que alumbran con sus resplan-

dores el día y la noche, pero no hay quien haya encendido en medio del cielo esos brillantes faros: hay orden en la sucesión de los días y estaciones, pero no hay sapientísimo director de escena que haya ideado tales movimientos: hay asombrosa regularidad, pero no hay poder oculto que mueva y regule... Dime, ¿te parece menos digno de silba y naranjazos el que de la decoración del mundo dice todo esto, que el otro que se atrevió á decirlo de la decoración de lienzo y cartones del espectáculo teatral?

—Realmente: el género humano discurre mejor que los ateos *ilustrados* que pretenden despreocuparle.

—Pues bien. Repara ahora que el argumento que te he sacado yo del teatro, por la casualidad de que estuviésemos pasando ahora delante de él, puedes sacarlo de todo; de todo, ami-

go mío, porque todo pregoná la existencia de Dios. ¿Señalaría las horas tu reloj si no le dices cuerda cada día? No; pues bien, el mundo las señala con una exactitud pasmosa, y el sol, que viene á ser la péndola incesante de ese reloj, acredita que hay una mano que supo darle cuerda por mucho tiempo.

— ¡Verdad! ¡verdad!

— ¿No es, pues, ridículo que tras esto nos venga á última hora un desdichado que, desmintiendo á la naturaleza, desmintiendo al género humano, desmintiendo á las voces de su propio corazón, se empeñe en convencernos y en convencerse á sí propio de que no hay Dios, y que exija que le creamos porque él lo asegura, cuando todo á nuestro rededor nos muestra su firma y glorifica su santo nombre? Escucha estas voces, Antón, y déjate de cuentos y de necedades de

club: escucha estas voces, que á todas horas te están diciendo que hay Dios. ¡Qué bien dijo á este propósito un moderno poeta, y cierto no cura, ni fraile, ni neo!

¡Que de Dios pueda un hombre haber dudado!  
Yo, si me siento triste ó angustiado,  
Corro al balcón en alas del deseo,  
Miro al cielo estrellado...  
Y no sé como es, pero le veo.

¿No has reparado, finalmente, una cosa, Antón?

Al hombre impío la primera frase que le pone en los labios la indignación ó la cólera, es la blasfemia, es decir, no la negación de Dios, sino el insulto á Dios, que es cosa muy distinta. Y al revés, al creyente, el primer grito que le sale del pecho en un momento de angustia ó de desaliento es el grito: ¡Ay Dios!... ¡Dios mío!... ú otros semejantes.

—Bien, pero ¿qué sacas de aquí?  
Una de tantas preocupaciones...



— ¡Cá! amigo mio: precisamente nunca se muestra el alma humana tan desnuda de preocupaciones y de respetos humanos como en esos instantes en que la embarga un sentimiento profundo, que ni siquiera le permite raciocinar ni darse cuenta de lo que en sí propia pasa. Entonces habla, por decirlo así, con su acento espontáneo y natural, no con el convencional y postizo que le prestan otras veces las conveniencias sociales ó los fríos sistemas; entonces da paso, sin sentirlo apenas, á lo que hay en el fondo de su propio ser, á lo que tiene allí innato, no recibido por la educación, no adquirido con laboriosos estudios, no impuesto por las costumbres y trato de las gentes:

— ¡Oh! ¡cierto! ¡cierto!

— Pero ¡ay! sabido es que el hombre puede cerrar sus oídos á la voz del corazón y sus ojos á la luz de la más.

sana filosofía, y tergiversar los más sólidos principios, y oscurecer las más palmarias verdades. ¿No ha habido por ventura quien á fuerza de sofismas ha llegado á convencerse de que es falsa y puramente ideal su propia existencia; y no obstante se siente él mismo vivir y pensar y andar?

Llegaron con esto ambos amigos á donde debían separarse, y lo hicieron más convencidos que nunca de la existencia de Dios. Desde entonces, cuando en el taller ó en el café oyen sobre este punto disparates de cierto calibre, échanse á reir y dícense guiñando el ojo: «¡Bravo! nuevo ateo tenemos en campaña! ¡A ver si con sus peregrinas razones contra Dios nos deja al fin, como el otro, más firmes que nunca en la verdad de su existencia!»

A. M. D. G.

- Chimenea (La) y el campanario.**—18 cs.
- Desheredados (Los).**—8 cénts.
- Devoto ejercicio de desagravios para los tres días de Carnaval.**—6 cénts.
- Dinamita social (La).**—18 cénts.
- Dinero (El) de los católicos.**—25 cénts.
- Diversiones (Las) y la moral.**—33 cénts. en rústica, y 88 en tela.
- Dogma (El) más consolador.**—13 cénts.
- Espíritu parroquial (El).**—25 cénts.
- Filosofía de la Mortificación.**—1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> parte, los dos opúsculos, 25 cénts.
- Frtales de vuelta (Los).**—13 cénts.
- ¿Hasta teatro?**—10 cénts.
- ¿Integristas?**—15 cénts.
- Laicismo católico (El)**—10 cénts.
- Liberalismo es pecado (El).** Questiones candentes.—En 4.<sup>o</sup>, 1 pta. en rústica, y 1'75 en tela. El mismo en 8.<sup>o</sup>, traducido al catalán, 75 cénts. en rústica, y 1'25 ptas. en tela.
- Lourdes.**—Reflexiones sobre las maravillas de Dios y de su Santísima Madre.—10 cénts.
- Luz y espejo de Jóvenes cristianos,** ó rasgos principales de la fisonomía angélica de San Luis Gonzaga, para instrucción de la juventud de nuestro siglo.—50 cénts. en rústica, y 1 pta. en tela.
- Malos periódicos (Los).**—8 cénts.
- Mal social (El) y su más eficaz remedio.**—8 cs.
- Mano negra (La),** ó polluelos de la última cría liberal.—10 cénts.
- Masonismo y Catolicismo.** Paralelos entre la doctrina de las logias y la de nuestra Santa Iglesia católica, apostólica, romana, única verdadera.—50 cénts. en rústica, y 1 pta. en tela.

**Mes de Junio** dedicado al Sagrado Corazón de Jesús: breve, sencillo, práctico, acomodado á toda clase de personas.—39 cénts. en rústica, y 75 en tela. Edición fina con una estampa del Sagrado Corazón, 75 cénts. en rústica, y 1'75 ptas. en percalina y canto dorado.

**Mes de Marzo** dedicado á San José.—En 16.<sup>o</sup>, 30 cénts. en rústica, y 60 en tela.

**Mes de Mayo** consagrado á la Madre de Dios.—En 16.<sup>o</sup>, 30 cénts. en rústica, y 60 en tela.

**Montserrat.** Noticias históricas. Idea de la, célebre montaña y Santuario.—En 8.<sup>o</sup>, 6 cénts.

**Negaciones (Las) de San Pedro.**—En 8.<sup>o</sup> 6 cénts.

**Nimiedades católicas.**—En 8.<sup>o</sup>, 10 cénts.

**¿No es hora todavía?**—10 cénts.

**Novena á la Inmaculada Virgen María,** patrona de España.—En 16.<sup>o</sup>, 15 cénts.

**Novena (Devota) á la Virgen** en cualquiera de sus Santuarios.—En 16.<sup>o</sup>, 25 cénts.

**Novenario (Devoto) á la Reina** de los cielos en el misterio de su gloriosa Asunción.—En 8.<sup>o</sup>, 14 cénts.

**Octavario á Cristo resucitado,** para alcanzar la conversión de los que no cumplen el precepto pascual.—En 16.<sup>o</sup>, 18 cénts.

**Octavario devoto al dulce Niño de Belén** en el Santísimo Sacramento.—En 16.<sup>o</sup>, 18 cénts.

**¿Para qué sirven las monjas?**—En 8.<sup>o</sup>, 18 cénts.

Dirigirse á D. Miguel Casals, calle del Pino, 5, Barcelona.

---

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona.—1899.